

# Introducción al número 21

**Joan Martínez Alier**

Desde la reunión de Seattle a finales de noviembre de 1999 hasta Génova en julio del 2001, la crítica contra la persistencia de la pobreza en el mundo y contra los daños ecológicos provocados por el capitalismo triunfante, aumenta sin cesar. Con dinero de su propio bolsillo y arriesgando su integridad personal, decenas de miles de personas se han movilizado en muchas ciudades del mundo. Este movimiento internacional de protesta no está dirigido por ningún comité ejecutivo ni politburó. Es una nueva Internacional que se organiza en redes que dan libertad, que impiden que haya líderes máximos, disidencias seguidas de expulsiones, y otras lindezas de épocas pasadas.

La violencia es salud para los estados, y por eso en esas protestas predomina y debería dominar enteramente la desobediencia civil, en la línea de Gandhi y Martin Luther King, en la línea de los movimientos ecologistas populares, como Chipko y otros, en la línea de la insubmisión a la conscripción militar en España y otros países.

Naturalmente sobre estos temas esta revista está abierta a debate. En esta revista hemos recogido, durante diez años, trabajos sobre conflictos ecológicos. La Ecología Política estudia los conflictos ecológicos.

Desde que empezó el movimiento ecologista como reacción a los daños causados por la industrialización, pueden identificarse en él tres principales corrientes. La primera, el culto a la naturaleza silvestre, es decir, el aprecio expresado en términos no utilitaristas sino éticos y estéticos hacia los espacios bellos o valiosos por su biodiversidad. La política resultante ha sido la designación de parques naturales u otras unidades de conservación (desde Yellowstone en adelante), vaciados de su población nativa, para mantenerlos fuera de la degradación causada por el mercado y la industria. La segunda corriente es el evangelio de la «eficiencia», de la «modernización ecológica», el desarro-

llo económico que sea a la vez ecológicamente sostenible. Esa segunda corriente tiene antiguas raíces en la economía forestal alemana y, en Estados Unidos, en Gifford Pinchot hace cien años al proponer como criterio de manejo el rendimiento máximo sostenible de las plantaciones de árboles, como respuesta a la depredación de los antiguos bosques. El informe Brundtland de 1987 encaja en esa corriente, como también los esfuerzos de la actual Ecología Industrial por conseguir procesos que aumenten a la vez las eficiencias económica y ecológica. La doctrina sobre la «modernización ecológica» de A. Mol encaja también aquí. Un templo europeo de la ecoeficiencia ha sido en la década de 1990 el Wuppertal Institut. Esa corriente domina en Europa y también, cada vez más, en Estados Unidos.

A primera vista, puede parecer que nuestra economía es ecológicamente más sostenible porque las nuevas tecnologías llevan a una relativa desmaterialización. En efecto, transmitir información por Internet implica menor intensidad material y energética que usar papel. Pero el lector sabrá por su experiencia si realmente el correo electrónico le supone menor consumo de papel en conjunto. Y además, el dinero que se gana en transacciones desmaterializadas (por ejemplo comprando y vendiendo valores por Internet), ese dinero va a comprar casas más grandes, a pagar viajes aéreos, o a comprar automóviles mayores.

El crecimiento de la economía tiene crecientes impactos ecológicos. De ahí la potente expansión de una tercera corriente del ecologismo, el movimiento por la Justicia Ambiental, el «ecologismo de los pobres» como le hemos llamado Ramachandra Guha y yo mismo. Éste es el movimiento que esta revista ha destacado a lo largo de diez años. Tres ejemplos bien conocidos, uno por continente. En América Latina, el movimiento de los *seringueiros* o trabajadores del caucho en el

Acre, Brasil, a final de los años ochenta, con el liderazgo de Chico Mendes, opuestos a la deforestación a cargo de empresas ganaderas y forestales brasileñas. A Chico Mendes le mataron en diciembre de 1988 casi sin tener tiempo de saber que era ecologista, pues él defendía a sus colegas y familias con un lenguaje sindicalista. Su movimiento tuvo éxito en lograr unas reservas en la Amazonía donde pueda persistir una explotación sostenible de los recursos naturales. El segundo ejemplo en Asia, en la India, donde el movimiento Chipko defendió los bosques contra las empresas forestales en la década de los setenta, usando un lenguaje gandhiano de resistencia cívica, y apoyándose en los derechos de las comunidades campesinas. Hoy en la India, un ejemplo de ecologismo popular es la resistencia contra las represas en el río Narmada. Una mujer, Medha Patkar, está al frente de ese movimiento de grupos tribales, que serán desplazados sin compasión y sin compensación al elevarse las aguas. Medha Patkar ha anunciado su disposición a dejarse ahogar pacíficamente en un «jal samahdi» (una muerte trascendente, en el agua). En África, el ejemplo de ecologismo popular más conocido es el de la resistencia de los Ogoni y otros pueblos del Delta en Nigeria (como los Ijaw) contra la compañía petrolera Shell. Un líder, Ken Saro-Wiwa, fue asesinado con sus compañeros en 1995, por la dictadura de Nigeria. ¡Hay tantísimos otros casos en el mundo! En Indonesia (en Papua Occidental, Irian Jaya) con la empresa minera Freeport McMoRan. En Bolivia, con la Repsol. Casos donde las protestas del ecologismo popular no obtienen respuesta ante la irresponsabilidad de las empresas multinacionales o frente a las empresas privadas o públicas nacionales. ¡Tantos pasivos ambientales y sociales que no aparecen en la contabilidad de las empresas! ¡Tantos muertos por la violencia de los Estados! ¿Por qué esa proliferación de conflictos ecológicos? Debido a que

no resulta fácil conseguir un crecimiento económico que sea a la vez ecológicamente sostenible. La corriente de materiales (a bajo precio) de los países del Sur hacia el Norte continua creciendo. Hay un boom minero en América latina como no lo ha habido nunca. De ahí que crezcan resistencias locales, y también redes que las potencian. Como OilWatch, red nacida en Ecuador para coordinar los movimientos de resistencia alrededor del trópico contra la explotación petrolera. De ahí también las protestas contra la ocupación de espacio ambiental por los ciudadanos de la países ricos con nuestras desproporcionadas emisiones de dióxido de carbono que provocan el aumento del efecto invernadero.

Los artículos de este número de la revista *Ecología Política* están todos relacionados con las preocupaciones de esa nueva Internacional de la resistencia y de la esperanza. Vandana Shiva discute cómo, en pos de la liberalización del comercio internacional, se impone la vigencia de las patentes de las multinacionales. Miguel Altieri traza las líneas maestras de la crítica a las nuevas biotecnologías agrícolas comerciales. En mi artículo sobre la Justicia Ambiental, explico la historia de una larga serie de movimientos de resistencia a la destrucción ecológica, que han usado distintos lenguajes. Rodrigo Jiliberto discute las bases de una economía ecológica. Otros artículos tratan de la conservación de la biodiversidad a través de la participación popular, del comercio internacional y el medio ambiente, de las fumigaciones del Plan Colombia, de los sucesos de Génova...

Ciertamente hay mucho que hacer en el campo de la Ecología Política. A partir de este número se incorpora a la revista en la secretaría de redacción el joven licenciado en Ciencias Ambientales, Jesús Blasco, y en próximos números contaremos también con la incorporación permanente de otros jóvenes ecologistas con experiencia internacional.

